

sangre pura, noble y christiana, heredada de sus mayores, y cuyo corazon está animado con la pureza de un espíritu, correspondiente á su nacimiento, y á la santísima religion que profesa. Vete, sucio viejo, con esas pueras pretensiones á los postribulos, ó casas de mugeres públicas, y nunca te lisongees de poder vencer con ellas á una doncella de mi clase y calidad. Se quedó suspenso aquel hombre por un rato, y persuadido á que nada conseguiria de mí con toda su facundia y villana generosidad, se avalanzó furioso á mí para violentarme; le repelí con rabia, y salí corriendo de su casa, entregándome á la fuga, sin reparar en la obscuridad de la noche, ni en los peligros á que me exponia en un país para mí enteramente desconocido. Tomé el primer camino que al salir de una puerta se me puso delante, caminando con indecible velocidad, sin tomar el menor reposo, hasta llegar á la orilla de aquel riachuelo, desde donde descubrimos la luz que nos guió por nuestra gran fortuna á esta bendita y venerable cueva. Seguí mi camino por su margen, y al despuntar el día me hallé en el valle contiguo á la soterranea poblacion de los Canadienses. Sin duda que me debieron descubrir desde aquellos espesos matorrales, que les sirven de atalayas, porque baxando presurosos por diferentes sendas, me sorprendieron, y arrebatadamente me llevaron á sus madrigueras. Descubrimos por Italiana, y esto me valió como á tí,

para no ser cruelmente sacrificada, pues ya me habian llevado para este fin á la casa de su sacerdote, el qual despues me instruyó en sus disparatados dogmas, para que quando estuviese bien catequizada, abjurase nuestra santa religion, y abrazase su impia secta. Lo demás ya lo sabes tú, y lo podrás añadir á la narracion de tus sucesos para contentar la inocente curiosidad de nuestro benigno bienhechor y albergador.

CAPITULO XVIII.

Fin de la historia de Gil Blas. Arribo inopinado de Scipion. Muerte de aquel extraordinario Hermitaño, é impen-sado arribo de Don Lope.

Habiendo Matilde dado fin á su relacion de esta manera, di yo principio á la mia, y despues que Gil Blas nos oyó á entrambos con extraordinaria atencion; paréceme, hijos míos, nos dixo, que estoy viendo como la divina Providencia os ha preservado de tantas desgracias para haceros gozar un dia algun rayo de felicidad. Los males que se padecen en los mas floridos años de la juventud, por lo comun se convierten en mayores bienes, quando se llega á una edad mas proveyda; y si sufrimos con paciencia y constancia las adversidades, la divina

Misericordia nos la recompensa , derramando largamente en nuestros corazones una alegría muy superior á la que causan los engañosos gustos de esta vida. Continuad, hijos míos, á vivir como habeis comenzado, y tú bella Matilde, guarda fielmente en tu pecho el asiento que has concedido en él á tu amante Don Lope de San Sebastian, porque no desconfio de que llegue algun dichoso día en que le vuelvas á encontrar, y le halles aun mucho mas amable de lo que jamás te pareció en todo el tiempo pasado. Asi nos consoló el Santo hombre, el qual nos intimó, que desde aquel mismo punto el quarto que nos habia señalado para Matilde y para mí, teniéndonos á entrambos por varones, debía servir solamente para Matilde, y á mí me destinó para su compañero de celda. Duró nuestra vida en aquel santo lugar un año entero, porque no hubo forma de dexarnos partir ántes, quizá por alguna oculta disposición del cielo, que sin violencia y muy naturalmente nos iba preparando la oportunidad de los lances, que ireis oyendo despues. No me acuerdo de haber tenido en toda mi vida otra mas quieta, mas alegre, ni mas esenta de toda pesadumbre, disgusto y amargura. Teníamos distribuido todo el tiempo en la oracion, en la leccion de libros espirituales, y en el trabajo de manos. Quien cuidaba de la cocina disponiendo la comida y la cena; quien iba á cortar leña al vecino bosque; quien tenia á su cargo el cabar, regar y cultivar el huer-

te-

tecillo recogiendo la fruta y las diferentes ensaladas que nos producía.

Un día se dexó ver en la gruta un hombre en traje de marinero. Me hallaba yo á la puerta de ella, entretenido en varios pensamientos, y me preguntó ¿si vivia el Señor Gil Blas de Santillana? Respondíle que sí, y que gozaba de una muy buena salud á pesar de sus muchos años. ¡Bendito sea Dios! exclamó, que me ha dado el consuelo de poder ver ántes de morir á mi muy querido amo. Al oír esta última palabra, no tuve la menor duda, de que aquel hombre era el famoso Scipion, de quien se decian tantas y tan bellas cosas en la célebre historia de Gil Blas, y asi le respondí prontamente: entre usted Señor Scipion, que encontrará á su amo el Señor Santillana empleado de manera, que se quedará pasmado de admiracion. ¿Es acaso este sitio, me replicó el hijo de la Cusculina, algun Seminario de Profetas? puesto que vos me habeis conocido por mi propio nombre, sin haberme visto jamás. Por ahora, le respondí, no me quiero detener en explicar este enigma; entre usted quanto ántes, y no dilate un momento el consuelo que tendrá su amo en ver á un criado, que le mereció toda su confianza, todo su amor y todo su cariño. Entró, pues, Scipion en la gruta, y sorprendió á Santillana, que estaba dando á Matilde leccion de filosofia moral. Apenas le vió, se arrojó á sus pies, besóle las manos bañandoselas con sus lágrimas,

y

y estuvo así un rato sin poder articular ni una sola palabra. Atónito Gil Blas al ver un cumplimiento tan extraordinario de aquel forastero, que enteramente desconoció, ya porque la edad tenía bastantemente turbados y oscurecidos sus ojos, como también porque las facciones de Scipion se habían mudado mucho con el discurso del tiempo, añadiéndose á todo esto la novedad del vestido. Pero quando al fin se aseguró, que era su antiguo y carísimo Secretario, ¡oh hijo mio! prorrumpió. Ningun consuelo mayor podía yo esperar en este mundo: y levantando los ojos al cielo, ahora, Señor, exclamó, librad en paz mi espíritu de la pesada compañía de este cuerpo, pues ya habeis concedido á mis ojos el mayor consuelo que podía apetecer en este valle de miserias. Con efecto parece que la divina Providencia había alargado la vida de aquel hombre, para que lograra tan alegre día, porque despues de él parecía mas muerto que vivo, ya por el sumo desfallecimiento que sobrevino á todos sus miembros, y ya también por el velo de que se cubrieron sus ojos. Este fue tal, que vino á cegar del todo, y no pudiendo ya mantenerse en pie, se reduxo á la cama, para no volver á levantarse de ella. Los discursos que hacía en aquel estado eran los mas exemplares, y mas eficaces que se pueden imaginar, tanto que nunca me acuerdo de ellos sin sentirme movido de una vivísima compuncion. Todos los que nos hallábamos en la gruta por dar-

darle gusto nos ocupábamos en continuos ejercicios espirituales, y acordándonos de lo que nos había dicho el segundo día que llegamos á ella, conviene á saber, que habíamos de ser testigos de su muerte, nos disponíamos lo mejor que nos era posible, á verle exhalar el último aliento, con aquel dolor con que los buenos hijos ven espirar delante de sus ojos á su amantísimo padre. Lo que mas admirábamos en aquel grande hombre fue, que nunca le oímos preguntar á Scipion cosa alguna tocante á los sucesos de su persona, ni á los de su familia, y aquel su discreto criado tuvo la prudencia de no decirle jamás cosa alguna de las que no quería saber. Conocía, que el único cuidado del enfermo en aquellos últimos momentos era tener siempre recogido su espíritu, pensando continuamente en las cosas celestiales, con total enagenacion de todo lo terreno, y no le quería tocar especie alguna, que le pudiese distraer. Murió en fin Gil Blas de Santillana con tanta paz, y con tanta tranquilidad, que todos nos persuadimos á que ningun remordimiento alteraba la serenidad de su conciencia; solo si nos dixo poco antes de espirar estas memorables palabras: Amigos, voy á dexaros para siempre; sea heredero de mi alma aquel que la crió: sealo Scipion de esta gruta, y de los tales quales bienes que dexo en México; y vosotros dos, queridos amigos míos, dad sepultura á mi cadáver, y si sucediere que volvais á España, y viereis en

178 *Las Aventuras de Gil Blas.*

ella á mis hijos, decidles de mi parte, que no sigan los malos exemplos que les dió su padre en vida, mas sí que procuren imitarle en los desengaños de su muerte. Despues que los horrores del sueño eterno ocuparon el cuerpo de Santillana, Scipion se entregó totalmente á un amarguísimo y descompuestísimo llanto, y nosotros honramos también con nuestras lágrimas el yerto cadáver de aquel extraordinario varón. Hicimosle todas las exéquias que permitian las circunstancias de aquel desamparado sitio, y le dimos sepultura junto á sus predecesores. El hijo de la Cusculina habiendo aceptado la herencia que le había dexado su amo, tomo luego posesion de la Hermita, comenzando á portarse como señor de ella; pero siempre con la misma humanidad, generosidad y cortesía que Gil Blas había practicado. Nosotros queriamos partir de allí pocos dias despues; pero él se opuso fuertemente, diciendo, que de ninguna manera nos dexaria partir, hasta que apareciese persona segura, que nos acompañase, y nos conduxese á México sin el mas mínimo peligro. Estabamos en esta espectacion, quando hétele aqui, que un dia vemos venir hácia nosotros un hombre á caballo, acompañado de otros dos, que parecian criados suyos. Quando se acercaron mas, Matilde conoció que era Don Lope, y éste reconoció también á su Matilde. Abrazaronse estrechísimamente, y ambos reciprocamente se pidieron cuenta de sus aventuras, despues que los

Tomo V.

fol. 178.



J. Camaron inv. et delin. Nic. Pasq. y Perez sculp.
Muerte de Gil Blas de Santillana y fin de su Historia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que corríste, según lo que tú misma me has contado. Partí sin detención alguna al sitio donde me dixo el Oficial que te habia llevado, y allí supe de tu segundo amo, que te habias escapado, dandome á entender el tal embustero Comerciante, que el motivo de tu fuga habia sido muy diferente, que el de su lascivo y temerario atrevimiento. Perdida entonces la esperanza de hallarte en aquella casa, anduve girando por todas las caserías del contorno, y no encontrando lo que buscaba, di la vuelta á México, preguntado á todos por tí. Ninguno me supo dar la menor noticia de tu persona; pero habiendo sabido con aquella ocasion, que en las cercanías del Canadá hacía vida heremítica un extraordinario y famoso Solitario, no pudiendo darme paz en ninguna, determiné volver segunda vez por estos parages, con esperanza de que el famoso Anacoreta me pudiese dar alguna luz, ó acaso tambien de que te hubieses refugiado á la sombra del mismo, para estar menos expuesta al furor de los bárbaros Canadienses, y mas resguardada contra los dientes y garras de las fieras, como quiso mi buena fortuna que sucediese.

Así habló Don Lope, y quando dió fin á su relacion, se repitieron, y aun se redoblaron los alegres transportes de los dos amantes, los quales no se hartaban de darse con los ojos las mas tiernas y vivas contraseñas de su reciproco amor, é inexplicable complacencia. Determina-

ron

ron los dos partir á México el dia siguiente, para celebrar allí quanto antes su tan suspirado matrimonio, y me convidaron á mí para que los acompañase, porque Don Lope me habia cobrado un grandísimo amor, desde que Matilde le informó de las grandes atenciones que habia usado con ella. Pero como á todos nos picaba vivísimamente la curiosidad de saber antes de separarnos los sucesos de Scipion, despues que recibió el aviso de la inopinada y misteriosa salida que hizo Gil Blas de Zaragoza, suplicamos al Soldado con todo encarecimiento, que no nos defraudase de unas noticias, que podian hacer mas completa, aun en la parte tan necesaria de los episodios, la no menos divertida, que instructiva historia del héroe de Oviedo.

Iba Isidoro á referirnos prontamente lo que habia oído á Scipion; mas como ya se hacía muy tarde, reservo, dixo, para mañana la relacion de las aventuras, que hizo el buen Secretario de mi abuelo, las que el Soldado aseguró, eran mucho mas curiosas, y mucho mas singulares, que todas las que se habian publicado hasta allí. Con esto nos retiramos á casa de Demetrio, esperando con ansia que amaneciese el dia siguiente, para divertirnos oyendo las cosas tan particulares, y tan entretenidas, que el Soldado nos habia prometido.

FIN DEL LIBRO DECIMOTERCIO.

CON-